



## Me dispongo a la oración con estos textos

“ La semilla, que se deposita abundante en nuestro campo, no es otra que la Gracia. Y el abono para que la semilla germine, se desarrolle y dé fruto abundantemente es el Amor. Ya que: donde no hay amor, si ponemos amor, cosecharemos amor. Nuestra misión no es, pues, estrictamente «construir», sino sembrar y abonar. En primer lugar, en nuestra mente y en nuestro corazón. Sabiendo bien sabido que la cosecha no depende ni de la siembra ni del trigo, sino de la Voluntad Altísima del que da el incremento.

–Guillermo Rovirosa, O.C. T. V. 217

“ La parábola del sembrador es un poco la «madre» de todas las parábolas, porque habla de la escucha de la Palabra. Nos recuerda que la Palabra de Dios es una semilla que en sí misma es fecunda y eficaz; y Dios la esparce por todos lados con generosidad, sin importar el desperdicio. ¡Así es el corazón de Dios! Cada uno de nosotros es un terreno sobre el que cae la semilla de la Palabra, ¡sin excluir a nadie! La Palabra es dada a cada uno de nosotros. Podemos preguntarnos: yo, ¿qué tipo de terreno soy?

–Francisco, *Ángelus*, 12 julio 2020

## Acojo la presencia de Dios y me sitúo en la vida

Como estamos en verano, que es más tiempo de cosecha que de siembra, vuelvo la vista al curso que ha terminado para reconocer las semillas plantadas, para identificar los lugares en que ha caído la semilla, para valorar el fruto recogido, pero sobre todo para intensificar y renovar mi vocación sembradora. Me sitúo con este canto: *Tu lluvia descende*, y con esta oración:



### *Semillas de tu reino*

*Esta breve semilla de tu Reino,  
en cada uno tiene su cadencia,  
su ritmo personal de crecimiento,  
hasta elevar sus ramos sobre tierra.*

*Tú, sembrador, aguardas el mañana  
sin perder la esperanza y la paciencia.  
No tiras de los tallos más pequeños  
para que todos, igualados, crezcan.*

*Pero sí te señalas en cuidados  
donde es más pobre y áspera la gleba,  
comprensivo de cómo la simiente  
debe luchar para granar tu espera.*

*A veces, ¡ay de mí! débil matojo,  
envidia a los que ya la espiga muestran,  
o desprecio a las otras hierbecillas  
que en tu trigal a despuntar empiezan.*





# ORAR EN EL MUNDO OBRERO

15º Domingo del Tiempo Ordinario A • 16 julio 2023 • [www.hoac.es](http://www.hoac.es)



*No consigo aceptar, aunque lo vivo,  
que tu Reino frutece en forma lenta.*

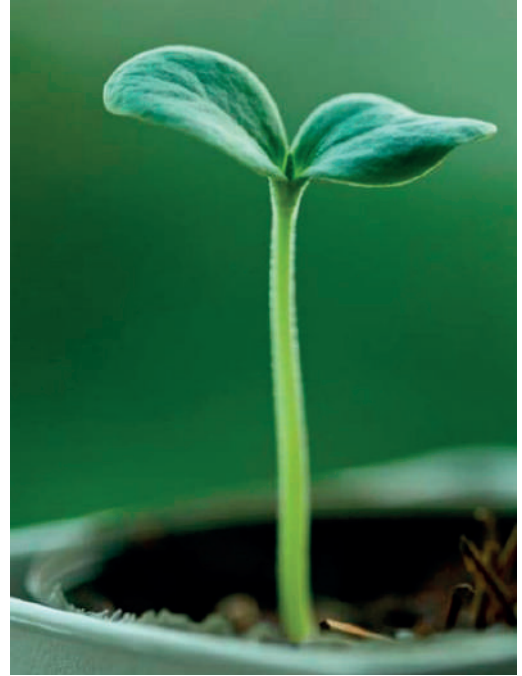
*Me fascina lo fácil, lo inmediato,  
lo que se alcanza sin sudor ni pena.*

*Siéntate junto a mí –las plantas aman  
la lluvia fiel de tu Palabra eterna–,  
y enséñame a esperar con alegría  
el momento estival de la cosecha.*

*(Luis Carlos Flores Mateos, sj)*

Hoy me dice LA PALABRA...

**Mt 13, 1-23. Salió el sembrador a sembrar...**



Aquel día salió Jesús de casa y se sentó junto al mar. Y acudió a él tanta gente que tuvo que subirse a una barca; se sentó y toda la gente se quedó de pie en la orilla. Les habló muchas cosas en parábolas:

«Salió el sembrador a sembrar. Al sembrar, una parte cayó al borde del camino; vinieron los pájaros y se la comieron. Otra parte cayó en terreno pedregoso, donde apenas tenía tierra, y como la tierra no era profunda brotó enseguida; pero en cuanto salió el sol, se abrasó y por falta de raíz se secó. Otra cayó entre abrojos, que crecieron y la ahogaron. Otra cayó en tierra buena y dio fruto: una, ciento; otra, sesenta; otra, treinta. El que tenga oídos, que oiga».

Se le acercaron los discípulos y le preguntaron: «¿Por qué les hablas en parábolas?». Él les contestó: «A vosotros se os han dado a conocer los secretos del reino de los cielos y a ellos no. Porque al que tiene se le dará y tendrá de sobra, y al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene. Por eso les hablo en parábolas, porque miran sin ver y escuchan sin oír ni entender. Así se cumple en ellos la profecía de Isaías: "Oiréis con los oídos sin entender; miraréis con los ojos sin ver; porque está embotado el corazón de este pueblo, son duros de oído, han cerrado los ojos; para no ver con los ojos, ni oír con los oídos, ni entender con el corazón, ni convertirse para que yo los cure".

Pero bienaventurados vuestros ojos porque ven y vuestros oídos porque oyen. En verdad os digo que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron. Vosotros, pues, oíd lo que significa la parábola del sembrador: si uno escucha la palabra del reino sin entenderla, viene el Maligno y roba lo sembrado en su corazón. Esto significa lo sembrado al borde del camino. Lo sembrado en terreno pedregoso significa el que escucha la palabra y la acepta enseguida con alegría; pero no tiene raíces, es inconstante, y en cuanto viene una dificultad o persecución por la palabra, enseguida sucumbe. Lo sembrado entre abrojos significa el que escucha la palabra; pero los afanes de la vida y la seducción de las riquezas ahogan la palabra y se queda estéril. Lo sembrado en tierra buena significa el que escucha la palabra y la entiende; ese da fruto y produce ciento o sesenta o treinta por uno».

*Palabra del Señor*



## Acojo la Palabra en mi vida

La primera lectura de hoy, del libro de Isaías (55, 10-11) nos interpela sobre la acogida que hacemos de la Palabra de Dios en nuestra vida; cómo la escuchamos, cómo dejamos que nos vaya transformando, que vaya dando fruto en nosotros, cumpliendo la voluntad, el deseo y el encargo de Dios. ¿La ayudamos a ser eficaz en nuestra vida?

Esa es la Palabra que el Señor esparce y siembra con generosidad en nuestra vida. Jesús sabe de la fuerza extraordinaria de la Palabra cuando la acogemos como agua que empapa la tierra, como lluvia fina que nos llega en la formación, en la oración; cuando –como María– la guardamos en nuestro corazón y le damos cuidado y calor para que germine, crezca, para que eche raíces y de fruto en nuestra vida.

Acoger la Palabra es entrar en el Misterio del Reino, en el misterio de los tiempos y los procesos vitales que Dios hace nacer en nosotros, es cultivar la paciencia de reconocer que Dios es quien hace crecer y dar fruto. Es reconocer que, en la medida en que nos hacemos tierra capaz de acoger la semilla de la Palabra, podemos transformar también nuestra vida en semilla llamada a sembrarse y dar fruto.

En estos tiempos de rapidación y búsqueda de la productividad y los resultados no podemos olvidar que la semilla necesita un proceso de crecimiento, asociado al cuidado, al tiempo, y que nuestra misión si quiere ser eficaz, necesita ser profunda, paciente, perseverante, y confiada. No se trata del número. Tan buena es la cosecha del ciento, del sesenta o del treinta por uno.

Se nos han dado a conocer los secretos del Reino, las claves del proyecto de felicidad que Dios ofrece a toda la humanidad, y se nos ha dado a conocer la pedagogía del Reino, de modo que se nos abre el oído, el corazón, se nos abre la mirada para enfocarnos en lo esencial. Podemos comprender así que nuestra misión es sembrarnos, gratuitamente, sabiendo que es a Dios a quien le corresponde dar crecimiento a lo que sembramos.

Si bien esta misión nos reclama una entrega generosa, sería un error entenderla como una heroica tarea personal, ya que la obra es ante todo de Él, más allá de lo que podamos descubrir y entender. Jesús es «el primero y el más grande evangelizador». En cualquier forma de evangelización el primado es siempre de Dios, que quiso llamarnos a colaborar con Él e impulsarnos con la fuerza de su Espíritu. La verdadera novedad es la que Dios mismo misteriosamente quiere producir, la que Él inspira, la que Él provoca, la que Él orienta y acompaña de mil maneras (EG 12).

Nos hace falta una certeza interior y es la convicción de que Dios puede actuar en cualquier circunstancia, también en medio de aparentes fracasos, porque «llevamos este tesoro en recipientes de barro» (2 Co 4, 7). Esta certeza es lo que se llama «sentido de misterio». Es saber con certeza que quien se ofrece y se entrega a Dios por amor seguramente será fecundo (EG 279).



## Vuelvo a poner mi vida en manos del Padre



### Coloquio de la siembra

Señor Jesús, a veces, tu optimismo me saca de quicio, te tengo que ser sincero. Llevo muchos años con gente de distintas comunidades, haciendo lo posible e imposible por anunciar tu Buena Nueva, y la verdad es que a veces cunde el desánimo: nos preguntamos qué estaremos haciendo mal porque nos cansamos de no ver fruto, somos así de miopes.

Hoy, al mirar cómo siembras en tu campo, esparciendo semilla por todas partes con esa perseverancia y con esa ilusión, quedo perplejo. Señor necesito que me contagies esa alegría y esa esperanza, porque sé, que en realidad solo tú eres el sembrador y nosotros, yo mismo, un colaborador bastante inútil, por cierto.

Señor, deseo sentir tu mirada y tu ternura de sembrador que esparce el grano por mis márgenes oscuros, llenos de aridez, de superficialidad, de inconsistencia; deseo sentir la ternura de tu mirada sobre esas zonas de mi vida que están por evangelizar, porque sé que, si tú sigues insistiendo, también mi pobreza puede llegar a dar fruto.

(Pep Baquer, sj)

## Termino ofreciendo toda mi vida a Jesús

Señor, Jesús, te ofrecemos, todo el día...

María, madre de los pobres, ruega por nosotros.